

Propio es de sana crítica histórica detenerse donde faltan los datos precisos, sin desdeñar por ello las ingeniosas combinaciones que pueden ocasionar probables conjeturas. Lo que se trata de probar aquí es que América, entre las épocas de Leif y de Colón, cambió de aspecto, sin influencia alguna del Antiguo Mundo, y que estos cambios en el orden social modificaron esencialmente en muchos puntos del Nuevo Mundo el estado de las sociedades europeas que se establecieron en medio de pueblos indígenas que de muy antiguo eran agrícolas.

XVI.

Viajes de los árabes Almagrurinos, de Madoc, de los hermanos Vivaldi, de Gonzalo Velho Cabral y de Juan Szkolny.

Al analizar el conjunto de los hechos que á fines del siglo xv determinaron y condujeron al descubrimiento de América, debo aún exponer corto número de observaciones, que por el ensanche de nuestros conocimientos en geografía física é historia de la navegación, pueden tener algún interés.

Conviene ante todo distinguir las tentativas que, según se cree, fueron hechas con el propósito de encontrar tierras al Oeste, y la influencia que ejercieron en las opiniones de algunos navegantes la atrevida interpretación de varios fenómenos naturales ó las fantasías de los constructores de mapas y el duplicar en éstos la colocación de algunas tierras.

Por la íntima relación que existe en todo lo que cae bajo el dominio de la inteligencia, hasta los mismos errores de las edades lejanas han cooperado con frecuencia á la investigación de la verdad.

Si comienzo por citar el viaje de los árabes Almagrurinos y el del irlandés Madoc ap Owen Guineth, que se

suponen el primero antes de 1147 y el segundo en 1170, ambos, por tanto, entre el descubrimiento del Vinland y la expedición de los hermanos Zeni, es á causa de la importancia que les han dado algunos geógrafos célebres.

El scherif Edrisi y Ebn-al-Uardi describen casi con las mismas palabras las aventuras de estos ocho árabes, que saliendo del puerto de Aschbona ó Lisboa, navegaron hacia el SO. durante treinta y cinco días, para descubrir la *isla de los Carneros* (Dgezirat alghanam). Ebn-al-Uardi indica claramente el objeto de la expedición. «Los navegantes, dice, parientes todos ellos, reunieron las provisiones necesarias para un largo viaje, jurando no volver antes de *penetrar hasta la extremidad del mar Tenebroso* (el Atlántico).» Edrisi se limita á añadir, según la versión de Gabriel Sionita, «Tenebrarum aggressi sunt mare, quid in eo esset exploraturi».

No pudiendo comer la carne demasiado amarga de los carneros de la isla Gana, bogaron aún doce días en dirección al Sur, y llegaron á una isla habitada por hombres de piel roja, gran estatura y cabellera no espesa, pero larga hasta los hombros. Estos rasgos característicos hicieron creer á Mr. Guignes, padre, quien nos ha dado los extractos de Ebn-al-Uardi, que los árabes llegaron, si no á la costa oriental de América, al menos á islas muy próximas á ella.

Ya hemos visto antes, al hablar del Fusang, que este mismo sabio creía descubierta por los chinos la América Occidental á fines del siglo v; pero esta hipótesis es tan cierta como la anterior.

El rey de la isla de los hombres rojos tenía á su servicio un intérprete que hablaba árabe, y esta circunstan-

cia, unida al aserto de que los hombres rojos habían explorado el mar hacia el Oeste durante más de un mes, sin encontrar tierras, parece confirmar la opinión del sabio orientalista de Göttinga, M. Tychsen, repetida por Malte Brun, de que donde llegaron los Almagrurinos fué á alguna isla de la costa de Africa, por ejemplo, á las islas de Cabo Verde.

Edrisi dice que la tez de los habitantes era «una mezcla (1) de moreno y blanco». Acaso fuera la raza de los guanches, que me parece indicada por este carácter de la piel y la forma de los cabellos.

La objeción de que los árabes conocían demasiado las islas Canarias con el nombre de Khaledat, para que los aventureros navegantes de Lisboa no adivinaran á dónde habían llegado al término de su viaje, no la creo de peso. Seguramente el recuerdo de las islas Afortunadas no se borró nunca por completo en la Europa occidental desde los tiempos de griegos y romanos; no dudo que los árabes las hayan visitado algunas veces, pero la descripción vaga y confusa que de ellas hace Edrisi, Ebn-al-Uardi y Bakoui (escritores de fines del siglo xii y principios del siglo xiii), prueba bastante bien cuán raras fueron las comunicaciones entre estas islas y el mar Mediterráneo.

Bakoui habla solamente de la amenidad del país y de la fertilidad del suelo; pero ni él ni sus antecesores cono-

(1) «Homines colore rufi cum quadam cutis albitudine», traduce Hartmann, corrigiendo á menudo la versión de Gabriel Sionita. Ebn al-Uardi dice, según Guignes, «hombres rojos». *Notices et Extr. du manuscrit de la Bibl. du Roi*, t. II, página 25.

cen la colosal montaña del Pico, los fuegos de los volcanes de Canarias y el pueblo pastor de los guanches. Únicamente hacen mención de algunas estatuas simbólicas, de que trataré después, y de ese Alejandro (Dulcarnain) Bicornio que viajó más allá de las columnas de Hércules, hasta las islas Mesfahán y Lacos.

Los aventureros de Lisboa volvieron por la costa de Marruecos, llegando al puerto de Asfi ó Azaffi, en la extremidad occidental del Magrab; siendo no poco notable que, según Edrisi (páginas 72 y 78), la isla ó las islas de los Dos Hermanos, que el antiguo y excelente corógrafo de Canarias, el navegante escocés Jorge Glas y, en nuestros días, M. Hartmann (1) han tomado por las islas de Madera y de Porto Santo, estén situadas frente á Asfi, circunstancia que parece apoyar la idea de que los Almagrurinos volvían de la tierra de los guanches.

La expedición de los árabes á la isla de los carneros amargos y de los hombres rojos adquirió tanta celebridad, que á una de las calles de Lisboa se le dió el nombre de *Calle de los que se engañaron*, traducción exacta que Guignet da de la palabra *almagrurino*, mal interpretada por los traductores maronitas y los escritores modernos, quienes llaman á los Almagrurinos hermanos *errantes*.

Habiendo evacuado los árabes á Lisboa en 1147, la tentativa de descubrir el fin del Atlántico hacia el Oeste, necesariamente ha de ser anterior á esta época, y muy

(1) El mismo sabio sospecha, y no á causa de su denominación, que las islas Raka y Laka de Edrisi pueden ser muy bien las islas Azores (*Insulæ Accipitrum*), que conocieron los árabes (*Africa Edr.*, páginas 317-319). Acerca de la isla Mostachiin, véase BUACHE, en las *Mem. de l'Inst.*, t. VI, pág. 27.

anterior, porque Edrisi, cuya obra fué terminada en 1153, no habla de ello como de suceso reciente.

A fines del siglo XVI, y, por tanto, poco antes de que el geógrafo Ortelio creyera encontrar, no en los viajes al Vinland, sino en los de los hermanos Zeni, el primer descubrimiento de América, un historiador inglés, el Dr. Powel, y el útil compilador Ricardo Hakluyt (1), dieron alguna celebridad á las aventuras de Madoc, hijo segundo de un príncipe de North-Wales, Owen Guineth ó Guynedd.

Cansados de una guerra civil por causa de cuestiones de legitimidad y de sucesión al trono, Madoc y sus partidarios «buscaron aventuras en el mar, bogando hacia el Oeste y dejando las costas de Irlanda tan al Norte que arribaron á una tierra desconocida é inhabitada, donde vieron cosas rarísimas». De vuelta á su patria, persuadieron á algunos colonos para que dejaran el suelo pobre y pedregoso del país de Galles y fueran á la buena y fértil tierra nuevamente descubierta. Partió por segunda vez Madoc con diez barcos y aunque prometió volver no se supo más de él.

No cabe duda de que este suceso, vagamente referido, fué celebrado en 1477, quince años antes de la expedición de Colón, en unos versos del poeta Meredith.

Hakluyt considera el viaje de Madoc «como el primer descubrimiento de las Indias occidentales, hecho por los bretones, antes que por los españoles», y quiere que las cruces que López de Gomara (lib. II, cap. 16) afirma

(1) *Voyages and Nuv.*, t. III, pág. 1. (Véase también el artículo del sabio é ingenioso geógrafo M. Eyries en la *Biogr. univ.*, t. XXVI, pág. 95.)

eran adoradas en Acazunil (1) se deban á la influencia de estas antiguas colonias de habitantes del país de Gales, fundadas en 1170.

Ya en la época del caballero Raleigh corrió en Inglaterra confusa noticia de la sorpresa con que se había oído en las costas de la Virginia el saludo de Gales *hao, houi, iach*, de igual suerte que los misioneros franceses escucharon con tanto asombro como alegría el canto de *Alleluia* á los salvajes del Canadá. El capellán inglés Owen se había salvado en 1669, de manos de los indios Tuscaroras, que querían arrancarle el cuero cabelludo, pronunciando algunas palabras del dialecto del país de Gales. Benjamin Beatty descubrió un pueblo que conservaba (desde hacia quinientos años) la tradición de la llegada á América de Madoc ap Owen Guineth.

Todas estas fábulas se han renovado periódicamente; y aun en nuestros días se han discutido con seriedad (2) los «pergaminos, libros célticos y títulos de origen», que un capitán, Isaac Stewart, encontró en Red Riber de Natchitoches.

Ya he recordado en otra obra (*Relación histórica*, tomo III, pág. 159) que desaparecieron todos estos rastros de colonias del país de Gales tan pronto como viajeros menos crédulos, cuyas relaciones se comprueban unas por otras, Clark y Lewis, Pike, Drake y los editores de la nueva *Arqueología americana*, recorrieron el interior del país ó sometieron el estudio de la filiación de las lenguas indígenas á una crítica más severa.

(1) La isla de *Cozumel*, descubierta por Grijalva en 1518.

(2) *Dict. de sciences nat.*, t. XXI, pág. 392; *Revue encyclop.* número 4, pág. 162.

Muy erróneamente (1) se ha acusado á Hakluyt de haber inventado las aventuras de Madoc para servir los intereses de la reina Isabel y legitimar los proyectos de Raleigh sobre las dos Américas (2), cuando se temía que ambas llegaran á ser presa de los castellanos.

La política de la reina Isabel no necesitaba esta clase de apoyo. Cuando Felipe II se quejaba en 1580 de las depredaciones de Drake en las costas americanas, la Reina, según Camden, respondió noblemente: «que el Océano era libre como el aire, y que una costa cualquiera no se convierte en propiedad de quien le da su nombre.»

Por lo demás, en punto á legitimidad por causa de

(1) LEIDENFROST, *Hist. biogr. Wörterb.*, t. III, pág. 553. El candor y la buena fe de Ricardo Hakluyt ha tenido recientemente un hábil y juicioso defensor en el historiador escocés Mr. Patrick Fraser y Tytler. Véase su *Vindication of Hakluyt in Progress of Discovery of the Northern coast of America*, 1832, páginas 417-444.

(2) Digo las dos Américas, porque once años después de la expedición que Raleigh envió á Roanoke, cerca de Albemarle, en Virginia, ocupáronle desde 1595 á 1617 sus proyectos quiméricos de el Dorado y la restauración de los Incas en el Perú. «I further remember, dice, that Berreo confessed (refiérese al gobernador español de Trinidad, Antonio de Berreo, que cayó en manos de Raleigh) to me and others that there vvas found among the prophecies in Peru, that from Inglatierra those Incas should be again in time to come restored.» (Véase la excelente biografía de Raleigh, por Mr. Cayley, paginas 7, 17, 51 y 100.) Los medios de restauración eran sumamente sencillos, á saber: 1.º, poner guarniciones de tres á cuatro mil ingleses en las poblaciones del Inca, con pretexto de defender el territorio contra los enemigos exteriores; 2.º, que el príncipe restaurado pagara anualmente á la reina Isabel una contribución de 300,000 libras esterlinas. «It seemed to me, ajoute Raleigh, that this Emphyre of Guiana is reserved for the english nation.»

una primera ocupación, los castellanos tenían derechos que, según la *Historia de las Indias*, de Oviedo, databan de algunos miles de años antes de la colonización del príncipe Madoc. Oviedo, como paje de aquel infante D. Juan (hijo único de Fernando el Católico), cuya prematura muerte cambió la faz del mundo, asistió á la entrada de Colón en Barcelona. Tan viva fué la impresión que le causó este imponente espectáculo, que durante treinta y cuatro años ocupóse en las comarcas nuevamente descubiertas, de las producciones y de la historia de América.

Participaba de la extraña opinión de Colón «de que las Nuevas Indias eran las islas Hespérides, que Stacio Seboso (1) sitúa á cuarenta días de navegación hacia el Oeste de las Gorgonias, ó islas de Cabo Verde».

(1) Colón y Oviedo en su *Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. 3 (RAMUSIO, edic. de 1606, t. III, pág. 65,6), fúndanse uno y otro en el pasaje de Plinio, VI, 31, en donde las palabras *præ navigatione Atlantis* (á lo largo del Atlas), tienen, al parecer, un sentido muy distinto del que se ha creído encontrar en ellas. (Véase GOSSELLÍN, *Geogr.*, t. I, pág. 148.) D. Fernando Colón no se atreve á negar que su padre hubiera tomado las Hespérides por el Nuevo Continente. Sin duda fué éste uno de los argumentos de erudición que empleó el grande hombre en las disputas académicas de Salamanca. Su hijo dice terminantemente (cap. 7), al citar á Plinio y á Solino, «que las islas Hespérides las tuvo *por cierto* el Almirante que fuesen las de las Indias»; pero él mismo no considera probable esta opinión de Seboso, y se burla en otro sitio (cap. 9) de los Cartagineses que encontraron á Cuba y Haítí inhabitadas y de ese rey Hesperus, en cuyo reinado dominaron los españoles las Indias. Observo que Dicuil no copia el pasaje de Plinio, y límitase á decir que las Hespérides están más lejos de la costa de África que las Gorgonias (Gorgodes).

Oviedo sabe «que Hesperus, duodécimo rey de España, hermano de Atlas, gobernaba, como Carlos V, lo mismo las Indias que la península hespérica ó ibérica, 1658 años antes de nuestra era; de suerte que, por el descubrimiento de Colón, la justicia divina no había hecho otra cosa que reintegrar á España en sus antiguos derechos. Muy difícil sería dar más antigüedad de la que tienen los mitos de Hesperus y Atlas á los derechos de la metrópoli para dominar las colonias.

No puede negarse que los vascos y los pueblos de origen céltico, practicando la pesca en lejanas costas, rivalizaron constantemente en el norte del Atlántico con los escandinavos, y que á estos últimos precedieron en el siglo VIII, en las islas Fœroë y en Islandia, los marinos irlandeses; pero, á pesar de estas pruebas de actividad náutica, es verdaderamente extraordinario que el citado príncipe Madoc, «dejando á Irlanda al Norte», y no tocando, por tanto, en las estaciones intermedias, que habían favorecido los descubrimientos escandinavos, pudiese llegar en su viaje de aventuras hasta la costa de los Estados Unidos, y volver desde allí al país de Gales en busca de nuevos colonos.

Sería conveniente hoy, que la crítica es severa sin ser desdenosa, hacer en los mismos sitios nuevos estudios, tomando de las tradiciones y de los antiguos cronistas del país de Gales todo lo relativo á la desaparición de Madoc, apellidado Owen Guineth. En manera alguna participo del desdén con que frecuentemente son tratadas las tradiciones nacionales (1), y tengo, al contrario, la

(1) «Nel viaggio di Madoc tutto si riduce ad una *diceria* non so quando inventata, ma senza dubio non molto anticamente,

firmé persuasión de que, empleando más asiduidad, esclareceríanse mucho, por el descubrimiento de hechos completamente desconocidos hoy, estos problemas históricos relativos á las navegaciones en la Edad Media, á las notables analogías que presentan las tradiciones religiosas, las divisiones del tiempo y las obras de arte en América y en el Asia oriental, á las emigraciones de los pueblos mejicanos á esos antiguos centros de civilización de Aztlán, de Quivira, de la Alta Luisiana, y de las mesetas de Cundinamarca y del Perú.

Entre las tentativas hechas antes de Colón para llegar á la India por la vía directa del Oeste, pone Malte Brun (1) el viaje de Vadino y de Guido de Vivaldi en 1281. Otros geógrafos han creído que la expedición de los dos hermanos, repetida en 1291 por Ugolino Vivaldi y Teodosio Doria, era pura y sencillamente una exploración del Atlántico, idéntica á la expedición de los Almagrurinos; pero, si se examina atentamente el manuscrito encontrado por M. Graberg, se ve que los Vivaldi («volentes ire in Levante, ad partes Indiarum») siguieron la costa de Africa. Su tentativa, escrita en latín bárbaro, realizóse entre los viajes de Ascelín y de Marco Polo; pero, por las relaciones de comercio que había entre sus compatriotas, los genoveses, y los árabes, acaso tuvieron alguna idea de la posibilidad de dar la vuelta á Africa.

perché per poco que si volese andar avanti ne' secolì si troverebbero i Gallesi, con tutta la loro antica genealogia celtica, non solo senza muse, ma senza alfabeto» (FORMALEONI, *Illustr. di due carte ant.*, 1783, pág. 47). Por lo menos la censura *senza muse* es injustísima.

(1) *Precis de Geogr.* (2.ª edic.), pág. 521.

Un tal Antonio Usodimare (Usus maris), compañero de Cadamosto (Alvise da Ca Da Mosto), dice en una carta, fechada en 12 de Diciembre de 1455, «que después de comprar esclavos, que le vendió un *robilis dominus niger*, encontró muy cerca de la zona, donde perdió de vista la estrella polar, en una costa próxima al dominio del Preste Juan, un hombre blanco, que decía descender de uno de los marineros de la tripulación perdida (1) de las carabelas Vivaldi. La genealogía puede no ser cierta; pero el documento de los archivos de Génova, debido á las curiosas investigaciones de M. Graberg, probará siempre que en el siglo xv considerábase la expedición de los hermanos Vivaldi como una expedición á Africa, tanto más interesante, por ser anterior en unos 65 años al viaje del catalán D. Jaime Ferrer (2) á Rio de Oro.

(1) Antoniotto dice: «Las caravelas perdidas hace 170 años»; lo que supone que los hermanos Vivaldi hicieron en 1285 su expedición, mencionada ya por el místico Pedro d'Abano, que murió en 1312 (SPOTORNO, t. II, pág. 305; TIRABOSCHI, tomo v, lib. I, cap. 5, § 15; JACOBO GRABERG, *Annali di Geogr. e di Statist.*, t. II, pág. 285; t. VI, pág. 170; ZURLA, *Viaggi*, t. I, páginas 155-158; BALDELLI, t. I, páginas XL, CLXVII y CLXVIII). Usodimare no es un nombre propio, sino palabra que indica un oficio, como aun se dice en la marina francesa capitán buen *praticien*, ó práctico de la costa de Guinea; por esto en el *Novus Orbis* de Grinaeus encuéntrase estas palabras: *Navis Antonicti cujusdam Liguris, qui maria sulcare probe noverat*.

(2) Véase el Atlas catalán de la Biblioteca del Rey. M. Buchon fija la fecha en el año de 1374. El documento publicado por M. Graberg (BALDELLI, pág. CLXV) llama, según parece, á D. Jaime Ferrer «Joannem Ferne Catalanum», que partió el día de San Lorenzo de 1346 para Rujaura (Rio de Oro). No creo dudosa la identidad de la persona.

Más parecido á la expedición de los Almagrúrinos que la de los Vivaldi es, sin duda, el viaje que el infante D. Enrique mandó hacer en 1431 á Gonçalo Velho Cabral. Fué ésta una verdadera exploración del Atlántico, «una tentativa—dice el biógrafo del Infante (el Padre del Oratorio José Freire)—para descubrir tierra al Oeste» (*Vida do infante D. Henrique*, pág. 319). En esta tentativa fué Velho Cabral primero hacia los escollos de las Hornigas, al sur de la isla de San Miguel de las Azores, y en 1432 á la isla Santa María.

Terminaré la lista de los navegantes que se ha supuesto intentaron, antes de Cristóbal Colón, descubrir alguna parte de América, citando al piloto polaco Juan Szkolny (Scolnus), en quien recientemente ha hecho fijar de nuevo la atención la sabia *Historia de la Geografía* de Mr. Lelewel (1).

Szkolny estaba en 1476 al servicio del rey Cristián II de Dinamarca, y se asegura que llegó á las costas del Labrador después de haber pasado por delante de Noruega, de Groenlandia y de la Frislanda de los Zeni.

No me atrevo á formar juicio alguno sobre esta afirmación de Wytfliet, de Pontano y de Horn (2). Una tierra vista después de la Groenlandia, en la dirección indicada, puede haber sido el Labrador, y me sorprende

(1) JOACHIMA LELEWELA, *Pisma pomiejsze geogr. historyczne*. 1814, p. 58.

(2) GEORGÍ HORN, *Ulyssæa*, 1671, pág. 279; ZURLA, *Viaggi*, tomo II, pág. 26; MALTE BRUN, pág. 532; WYTFLIET, *Descript. Ptol. augmentum*, 1597, pág. 188, y PONTANO (*De situ Danicæ*, 1631, pág. 763), escriben por error *Scolvus*.

que Gomara, que imprimió su *Historia de las Indias* en Zaragoza, en 1553, conociera ya al piloto polaco (1). Acaso se sospechó, cuando la pesca de los bacalaos empezaba á hacer más frecuentes las relaciones de los marinos de la Europa meridional con los escandinavos, que la tierra vista por Szkolny debía ser idéntica á la que visitaron en 1497 Juan y Sebastián Cabot, y en 1500 Gaspar Cortereal.

Gomara dice, y por cierto no con gran exactitud, que á los ingleses agradaba mucho la Tierra de Labrador porque en ella encontraban la latitud y el temple de su país natal, y que los hombres de Noruega fueron allí con el piloto Juan Scolbo, como los ingle-

(1) *Historia de las Indias*, fol. xx. El nombre de Tierra de Labrador fué inventado, según la juiciosa observación del autor de *Memoir of Seb. Cabot* (pág. 246), por Cortereal y los portugueses comerciantes de esclavos, como indicación que en esta costa septentrional hombres eran singularmente á propósito para el trabajo (*la labor*). Gomara dice, efectivamente (folio xx), que los habitantes son «hombres dispuestos, aunque morenos, y trabajadores» (el embajador de Venecia en Lisboa, Pedro Pasqueligi, escribía once días después de la vuelta de Cortereal, y de ver los indios, comparando á éstos, por el color de la piel, con los bohemios ó *cingani*). La corta estatura de los esquimales de la verdadera Tierra del Labrador no justifica mucho este elogio; pero se lee en el mismo capítulo de Gomara que Cortereal tomó estos indios en las islas del *golfo cuadrado*, es decir, en el golfo del río San Lorenzo. Acaso el nombre de *Tierra de los Labradorcs* se tomaba en un sentido más general y vago, comprendiendo las razas indígenas no esquimales, casi como Newfoundland ó Tierras Nuevas designan á veces en el siglo xv otras costas que las de la grande isla frontera á Anticosti. (*Mem. of Cabot*, pág. 57.)

ses con Sebastián Gaboto. No debe olvidarse, sin embargo que, al tratar Gomara la cuestión de los que precedieron á Colón, no cita al piloto polaco, á pesar de ser intencionado hasta el punto de asegurar (1) que, en el

(1) No nos admiremos de nuestra ignorancia en las cosas antiguas, *pues no sabemos quién*, de poco acá, halló las Indias, que tan señalada y nueva cosa es (GOMARA, fol. x). Esta duda se funda en la historia obscurísima del piloto que, después de haber visto las tierras al Oeste, murió en casa de Colón, historia que no figuró en el pleito del fiscal y que Oviedo (lib. II, capítulo 3) recuerda por primera vez en 1535. Garcilaso de la Vega, en 1609, da nombre á este piloto (Alonso Sánchez de Huelva), y fija una fecha, 1484 (el año en que Colón se ausentó de Portugal), al acontecimiento cuya importancia procuran exagerar los enemigos de la gloria de Italia.

Termino esta nota recordando que Gomara confirma, del modo más explícito, lo que hemos expuesto antes acerca de la idea correctísima que Colón se había formado (*Vida del Almirante*, cap. IV) de la posición de la Thylé de Solino. «Algunos piensan, dice Gomara, que Islandia es la Thilé, isla final de lo que los romanos supieron hacia el Norte; mas no es, que Islandia ha poco tiempo que se descubrió, y es mayor y más septentrional.» (La coloca, como Cristóbal Colón, á los 73° de latitud.) Thilé, propiamente es una isléta que cae entre las Orcades (Orkney Islans) y las Far (Færoer, Far Isles), algo salida al Occidente y en 67°, bien que Tolomeo no la sitúa tan alto. Está Islandia 40 leguas de las islas Fare, 60 de Thylé y más de 100 de las Orcadesa» (Gomara, p. VII, b).

Como Gomara cuenta el grado de latitud de 17 $\frac{1}{2}$ leguas castellanas (fol. VI), este cálculo de distancias parciales está tan embrollado como el de latitudes; pero resulta claro que Gomara, *largo tiempo antes que Camden* (TZSCHUCKE, *ad Melam*, vol. III, p. 3, pág. 227), *antes que d'Anville* (*Mem. de la Acad. des Inscr.*, t. XXXVII, pág. 438) colocó la Thylé habitada la de Solino y de Tácito (Agricola, cap. X) entre las Færoë y las

fondo, no puede decirse á quién se debe el descubrimiento de las Nuevas Indias.

Orcades; por tanto, en el grupo de las islas Shetland. Ésta es la Thylé donde los Hérulos, saliendo de Dinamarca, arribaron, según PROCOPIO (*De Bello Gothico*, II, 15). Adán de Brema (*De situ Danie*, Helmst., 1670, pág. 158) fué el primero que aplicó el nombre de Thylé á la Islandia descubierta por los escandinavos.—Antes del comentario de Tszchucke, que acabo de citar, la compilación más completa sobre la Thylé de los antiguos encuéntrase en PONTANO, *Rerum Danicarum hist.*, 1631, páginas 741 y 755.